

LA HISTORIA DE ALEX DE COLOMBIA

Autor: Magdalene Waltersbacher

Revisión: Alex

A LA EDAD DE ONCE AÑOS

Triste y con lentitud fui andando por las calles de Pereira, una ciudad en las montañas de Colombia. Estaba lloviendo a cántaros. Pequeños riachuelos con fuerza bajaban velozmente por las calles pendientes del barrio donde vivía. Éstos arrastraban toda la suciedad que se había juntado en los últimos días. De alguna manera, el clima se parecía al estado de mi mente.

A mis once años normalmente tendría que estar en la escuela, pero esto ya se había acabado para mí. Cuando yo estaba en quinto grado, mi hermanita menor recién empezaba a estudiar. Por la razón de que junto con mi hermano Hugo eramos ya tres niños en mi familia en la escuela, mi madre me explicó, que ella no podía pagar el colegio para todos sus hijos. Yo me ilusioné hasta el final, de que a pesar de todo esto pudiera seguir en la escuela, pero no fue así ...

En Colombia en realidad no hay que pagar por estudiar en un colegio público, pero los gastos del uniforme de la escuela, los materiales escolares y los pasajes para el autobús sí los paga uno

mismo. Dado el caso de que mi madre sólo tenía trabajos en los que se ganaba muy poco, el dinero no alcanzaba para todos sus niños. Y porque yo como hijo mayor llevaba mas tiempo en la escuela, ésta terminó para mí.

Iba sonriendo dentro de mí, pero con tristeza. Aún en el último año no me había gustado el colegio. Yo había anhelado el día, en el que ya no tendría que ir más. El dolor más grande que pasaba yo, era cuando se celebraban fiestas en el colegio o se reunían los padres de los alumnos. Todos los demás alumnos de mi clase tenían padre y madre. En mi caso sólo venía mi madre. Cuando ella tenía que trabajar o no tenía tiempo, ni acudía tampoco. Los demás niños solían hacerme enfadar con esto.

Cuando fui andando así por las calles, y la lluvia empezó a cesar lentamente, me di cuenta de que a pesar de todo añoraba el colegio. Allí también habían cosas divertidas. Aprender en la mayoría de los casos me gustaba. Sobre todo las matemáticas me encantaban. En los momentos en que los demás alumnos no me hacían enfadar, realmente eran buenas personas. En cada recreo jugábamos juntos al fútbol.

En la calle de por aquí no habían niños, sólo algunos muy pequeños, con los que no podía ni tampoco quería jugar. En mi interior seguía con la esperanza de que mi tío sufragara los gastos del colegio para mí. Al fin y al cabo tenía un taller para reparar autos. Y en la vestimenta de mis primos podía ver que disponían de bastante dinero. Me di cuenta que la envidia tomaba posesión de mí. “Por qué el mundo es tan injusto? Unos tienen de todo, y otros no tienen nada, o por lo menos casi nada”, iba pensando.

La mañana sólo pasaba lentamente. Normalmente debería poner la casa en orden, pero de esto no tenía ningunas ganas. ¡Para mi familia yo no era la sirvienta! Además de esto no me gustaba estar en casa. Y menos, cuando mi abuela estaba cerca. Ella me empezaba

a criticar en cuanto me veía de lejos. Lo peor de todo era, cuando me decía en tono de desprecio: “Te pareces un montón a tu padre, y tú eres tan holgazón como él”. Esto dolía de verdad. Mi madre a veces le llamaba la atención, pero esto tampoco ayudaba de verdad. Mi madre casi nunca estaba en casa, y por las noches caía de cansancio en su cama.

Porque mi padre no estaba en casa, mi madre lavaba la ropa de otra gente con el fin de ganar algo de dinero para su familia. Pero casi siempre esa gente era de la clase más pobre. Así que no podían pagar a mi madre lo suficientemente tampoco. De esta manera mi madre trabajaba de sol a sol. Y encima de esto el trabajo le costaba. Realmente ella deseaba que yo también ganara algo de dinero, pero esto no era tan fácil.

En mi interior subía la furia, cuando reflexionaba sobre todas estas cosas. Sobre todo hacia mi padre. Desde hacía años no lo había visto. „¿Cómo fue posible que desapareciera de nuestras vidas tan fácilmente? ¡Al y al cabo soy su hijo! ¿Por qué no cuida de mí?“ Enojado di un empujón a una piedra que volaba en alto por el aire. El perro de la calle apenas logró ponerse a salvo. Después de la rabia, una tristeza profunda y anhelo se apoderaban de mí. “¿Es que no valgo nada para mi padre?“ sollozaba dentro de mí.

EL PADRE

Cuando mi padre dejó a la familia por primera vez, yo tenía tres años y mi hermano Hugo un añito. Yo no tengo recuerdos de ese tiempo. Al cumplir yo los cinco años, mi padre volvió. A pesar de que ocurría bastantes veces que había riña en casa, yo simplemente me gozaba en el hecho de que ahora tenía padre también. Cuando al cabo de un año nació mi hermana Maricela, de repente mi padre desapareció de nuevo – ¡de un día para otro! Tener que cuidar de todos, ir cada día al trabajo con el fin de ganar suficiente dinero para la comida, y el alquiler en casa, el llanto de los niños – creo que todo

esto era demasiado para él.

“¿Por qué entonces se casó él y tuvo hijos?” me quejaba enfadado dentro de mí mismo. Mi abuela tampoco comprendía esto. Y por el motivo quizá, por el que ella no podía expresar su rabia hacia su yerno infiel, era yo la víctima que tenía que oír sus quejas. La verdad era que exteriormente yo me parecía bastante con mi padre. - Y ahora hacía cinco años desde que había oído la última noticia de él, y desde entonces no le había visto más.

Mientras tanto mi vida iba pasando sin sentido alguno. Nadie se interesaba por mí. Mi madre tenía que trabajar duro durante todo el día, y mi abuela de todas formas no tenía ninguna palabra amable para mí. Y cuando a más de esto mis hermanos pequeños contaban cosas del colegio, yo tenía muchas ganas de taptarme los oídos.

LLEGO A CONOCER A UNOS AMIGOS

Cuando caminaba lleno de frustración calle abajo, donde se encontraba el riachuelo, venían unos chicos de frente. Ellos llevaban vestimenta realmente bonita y parecían estar de buen humor. „¡Que raro! No tienen mucha más edad que yo y tampoco están en el colegio“, pensaba. Tan pronto que se acercaban a mí, uno de ellos me decía: „Hola, pequeño, no vas al cole?“ Reflexionaba. Es que ¿les digo de verdad que mi madre no tiene dinero para el colegio? Parecía que estos jóvenes tenían bastante de esto. „Hm, es que, yo tengo ... yo puedo ...“, decía tartamudeando. „Olvida el cole, esto sólo sirve para gente aburrida. Nosotros tenemos medios para conseguir dinero de otra manera. Júntate a nosotros. Entonces tu vida por lo menos no te aburrirá más.“ - „Tienen trabajo para mí? Me gustaría tanto encontrar algo para ganar dinero“, les preguntaba con franqueza.

„Sí, de vez en cuando encontramos algo que hacer. Pero nosotros sólo trabajamos, cuando no hay otro remedio. ¡Hay otros medios

para conseguir dinero!” me contestaban con frescura. Dado el caso de que no tenía otra cosa que hacer, me junté a estos chicos.

Me gustaba que ellos me aceptasen tal como era. ¡Por lo menos alguien que no me criticaba continuamente! Juntos atravesamos la ciudad. Cuando pasamos por algunas mesas pequeñas en las que habían arepas frescas (son pequeñas tortas redondas de harina de millo), uno de mis nuevos amigos cogía una – naturalmente sin pagar. Repentinamente agarró una, y de la misma manera, muy rápidamente, su mano desapareció debajo de la chaqueta. Cuando seguimos andando, mi nuevo amigo me dio un trozo de arepa diciendo: „Tan fácil es conseguir algo. ¡Pruébalo también!” Comiendo me di cuenta de que en toda la mañana por causa de la frustración no había notado cuánta hambre tenía. Pero, por supuesto, el trozo pequeño no me había dejado satisfecho.

Animado por mi amigo en la próxima ocasión agarré algo yo mismo, con el corazón latiendo, sorprendido de que ningún vendedor enojado corriera gritando detrás de mí. Pero yo anteriormente había notado que en ese momento él estaba ocupado hablando entretenidamente con otro hombre. „Ves, no es tan difícil. Lo aprenderás”, me animaba mi nuevo amigo. Toda la tarde y en los días siguientes yo iba vagabundeando con ellos por el pueblo. ¡Por fin alguien que me tomaba en serio y me daba la sensación de que valía algo!

Algunas veces, sin embargo, tenía mala conciencia, pues mi madre me había enseñado siempre que robar no estaba bien. Los domingos ella solía ir a la iglesia. A veces yo la había acompañado. Pero sinceramente no había entendido nada de lo que el párroco estaba diciendo o haciendo. Muchas veces después de la misa yo hasta había estado triste. „Si existe Dios y si El se ocupa de los hombres, ¿por qué no se ocupa de mí?” Ésta era la pregunta ardiente que yo me hacía muy a menudo. Seguro que a Dios le daba igual, si yo de vez en cuando robaba algo. En fin y al cabo tenía

hambre. Y la verdad es que siempre cogía sólo lo que me hacía falta.

DROGA

Mientras tanto había cumplido 13 años. En una ocasión, en una tarde andaba vagando con los chicos, uno de ellos me ofreció un cigarillo hecho por él mismo. Cuando empecé a fumar, me di cuenta de que tenía otro sabor. Hasta entonces sólo había fumado una o dos veces, y esto porque los demás chicos del colegio también lo hacían. Pero éste aquí tenía otro sabor distinto. No era un sabor mejor, pero era raro – después de un rato me iba sintiendo mejor. De alguna manera todo ya no me parecía tan grave.

Reflexionaba. De repente pregunté con cuidado: „¿Qué es lo que acabo de fumar? ¿No será droga?“ - „Ah, no te preocupes. No es nada grave. Nosotros tomamos esto ya desde hace algún tiempo. Y, dinos, ¿te parece que nos va mal? Y además – todos nosotros hacemos esto. Y si tú quieres pertenecer a nuestro banda, tienes que hacer lo mismo.“ Fui tragando mis preocupaciones. No quería volver a estar marginado. ¡Quería pertenecer a este grupo!

Después de algún tiempo mi madre se dio cuenta de que yo había cambiado. A veces estaba de buen humor, y a veces agresivo. Ella sentía que me hubiere tenido que sacar del colegio. Ella también sabía que no me hacía ningún bien todo esto. Y aún más, cuando se dio cuenta con quién iba vagando yo todo el día. Ella consultó a su hermano, y al día siguiente me llamaron a ayudar en el taller de mecánica. Así ganaba algún dinero. ¡Y esto de verdad que me hacía falta! Porque el polvo de color beige que necesitaba desde entonces continuamente (crack) para estar de buen humor costaba dinero.

Un día, cuando llegué a casa, me asusté profundamente: Un hombre extraño estaba junto a mi madre. „Espero que no sea uno de los vendedores de las tiendas, donde una y otra vez he hurtado algo“, pensaba dentro de mí. Con cuidado traté de ir de puntillas a otra

habitación, pero mi madre me descubrió.

„Alex, ven aquí. ¿Conoces a este hombre?“ preguntaba ella. Me daba frío y calor a la vez. Entonces sí, - alguien había observado que yo había robado. Me atrevía apenas a mirar a ese hombre en la cara.

„Es tu padre“, me explicaba mi madre. Me quedé atónito. ¿Mi padre, al que no he visto desde hace ocho años? No sabía si alegrarme o enfadarme. „Tu padre te quiere llevar consigo a Bogotá, a la capital“, me decía mi madre. „¿Qué haré allí?“ Esto era todo lo que podía decir tartamudeando. „Puedes terminar el colegio y estudiar después de esto. Te lo prometo“, contestaba mi padre. Mil pensamientos pasaban por mi cabeza. ¡Con cuánta gana aprendería algo con fundamento! Bien era verdad que mi padre era un hombre extraño para mí. Pero bien, si ahora me ofrecía algo ... ¿Pero qué de mis amigos? Entonces no les podría ver más. Pero por otro lado: ¿Qué perdería con irme de aquí? Podría acabar con el cole, aprender una profesión - ¡esto de verdad que me atraía!

Así que acompañé a mi padre camino a Bogotá. Esto significaba diez horas de autobús montaña arriba, montaña abajo por los Andes. Cansado llegué a la capital. La vivienda de mi padre era más bien sencilla, pero yo no era exigente. En los próximos días mientras mi padre no estaba, iba conociendo los alrededores. Lo que él hacía, no lo sabía – sólo que regresaba a menudo borracho a casa. Después de algunos meses deseaba que mi padre iría conmigo al colegio por fin para conocer las posibilidades que allí tendría. Pero él posponía esto siempre al próximo día. Pasaron otras semanas.

Fui buscando trabajo y pasé el día a duras penas. Mi corazón estaba lleno de enfado y odio hacia mi padre. Pensaba que mi abuela sí tenía razón. ¡Mi padre es un holgazán, promete mucho y no cumple nada! Ahorré un poco de dinero y al cabo de tres años regresé a Pereira. Muy pronto me junté otra vez a mis viejos amigos.

Pensaba que ellos eran los únicos en quien podía confiar. Ellos me acogieron de nuevo en su banda. Muy pronto iba tomando droga de nuevo. Mi dinero ahorrado se gastó muy pronto. Pero sí tenía mala conciencia, cuando veía cuán duro tenía que trabajar mi madre para poder alimentar a su familia. ¡Pero por lo menos ya no le causaba gastos! Busqué trabajo como mecánico de autos, pero esto no era posible todos los días. Por causa de las drogas necesitaba – y también los demás de la banda – más y más dinero. En los casos en que no teníamos trabajo, asaltamos a gente en la calle o robamos en pequeños comercios. Cuando tomamos droga antes de esto, el miedo desaparecía - incluso de la policía.

Un día llegué a conocer a Nancy. Nosotros dos nos enamoramos. Era feliz. Ya no iba vagando tanto con mi banda e intentaba tomar menos droga. Mientras tanto ya no trabajaba como mecánico, sino que había encontrado trabajo en la construcción. Al cabo de un tiempo nos pusimos a vivir juntos, y pronto después llegó nuestra pequeña hijita. Cuando tenía a este bebé tan dulce entre mis manos, me venía la mala conciencia. ¡Oh, cuánto deseaba dejar la droga! Lo intentaba una y otra vez, pero lo lograba cuanto más por un mes. Después de esto ya no podía más. Muchas veces estaba desesperado. ¿No cambiaría esto nunca?

Pero dejaba estos pensamientos a un lado, porque había prometido a mi mejor amigo Diego (nombre cambiado) de ayudarlo en un „encargo“. En los últimos tiempos tenía que admitir que él me inspiraba algo de miedo. Diego cada vez era más caprichoso, y yo sabía que él ya por dinero – es decir por mandato – había matado a una persona. No tenía que asaltar a una tienda para robar – como yo pensaba -, sino que otra vez había aceptado el encargo de matar a una persona. „Esto, esto yo no lo puedo hacer“, decía yo horrorizado. „Oh, tú eres cobarde. Yo no pido esto de ti. Sólo tienes que estar preparado con la moto, para que yo pueda huir“, contestó Diego. Yo casi me mareaba. Yo había cometido bastantes crímenes, pero matar – no, esto no lo había hecho nunca. Bien era cierto que

no lo tenía que hacerlo yo mismo, pero ayudar a Diego, jesto era igual de malo! No me atrevía a decir a Diego que no quería colaborar, porque “prometido” quería decir prometido. Esto era una de las normas que regían en nuestra banda. Pero me propuse de no hacer nada más junto con él.

Cerca de la casa donde vivía el hombre que Diego tenía el encargo de matar nos escondimos y observamos la puerta. Pero el hombre no salía. Así pasaban unos días. Siempre decía silenciosamente dentro de mí: „¡Dios, si existes, sácame de aquí!“ No sé porque de repente tenía que pensar en Dios, pero de alguna manera me daba cuenta de que Él era el Único que aún me podía ayudar.

Tres días después Diego ya no tenía más paciencia. „Mañana entramos juntos en la casa, y ¡cualquiera que atraviese nuestro camino! ...“ Diego hacía un gesto congruente con la mano. „ ¡Ese hombre está en casa, y yo lo encontraré! Te consigo una pistola, y luego nos marchamos. Y ¡ay de ti, si te niegas! Prepárate mañana temprano.“

En la noche siguiente no podía dormir. Sin paz fui dando vueltas en la vivienda de arriba abajo, y estaba contento de que mi familia estuviera durmiendo profundamente. Siempre iba hablando con Dios. Pero luego surgían las dudas. „¿Es que Dios me escucha? ¿Cómo me podrá ayudar?“ Mañana no me podía negar porque sabía que Diego me habría matado. Cuando aclaró el día, me puse en marcha, por dentro clamando a Dios: „¿Dónde estás? ¡Si es que existes, ayúdame ahora!“

Primero Diego y yo consumimos drogas y alcohol y nos llenamos de esto. Al cabo de un momento me sentí aturdido. Metimos las pistolas en nuestros bolsillos y nos sentamos en la moto. Empezó la ronda de infierno. Esto era lo único que era capaz de pensar en ese momento.

Todavía un pequeño trayecto de autopista, y ya estábamos cerca del barrio. Diego aceleró. De repente todo pasó muy rápidamente. Sólo oí un ruido fuerte. La rueda trasera estalló, y la moto se cayó en el lodo estando en plena marcha. Yo fui lanzado sobre la carretera y me deslicé unos metros sobre el asfalto. Con todos los dolores que casi me robaban el conocimiento sólo era capaz de tener este pensamiento muy claro: „¡Dios! ¡El está aquí! ¡Ha intervenido, y me paró!“ Con esto estaba contento de aceptar todos los dolores. De repente oí a mi amigo decir (a él le pasó muy poco): „Creo que más bien no deberíamos seguir con esto.“ No lo pude captar aún. En el hospital se hacían cargo de todas mis heridas. Es verdad que aún me dolía cada miembro de mi cuerpo, pero como no había pasado nada grave, muy pronto me dejaron salir del hospital. Más que feliz llegué a casa. Dios había intervenido, esto lo tenía bien claro. Pero, ¿cómo seguir ahora?

Al trabajar un poco más tarde de nuevo en la construcción, empecé una conversación con el dueño de la obra. Su nombre era Fernando, y de alguna manera él era distinto a todos los demás. Sobre todo era completamente distinto a mis amigos. ¡El irradiaba tanta satisfacción interior! Fernando me preguntó acerca de mi familia. Esto no me había pasado nunca. Después de haberle contado algo sobre mi esposa Nancy y mi pequeña hijita, de repente Fernando me hacía esta pregunta: „¿Crees tú que existe Dios?“ Yo vacilé un poco. Era imposible de contar a ese hombre mi vivencia. „Pues, bueno, yo sé que existe un Dios, pero no sé si El cuida de nosotros.“ „Oh, sí, Dios cuida de ti. El nos ama, El te ama y cuida de ti como un padre.“, contestaba Fernando. „¿Como un padre?“ Tenía que reírme en tono burlón. „Si Dios es como un padre, la cosa está clara: El no cuida de nosotros, los seres humanos.“

Fernando se quedó pensativo un momento. Con cuidado me preguntó al cabo de un rato: „Te han pasado muchas cosas tristes con tu padre, ¿verdad?“ Yo sólo podía asentir con la cabeza porque el odio y la frustración se apoderaban de mí, y casi no podía tragar.

Pero me hacía mucho bien que Fernando tuviera tanta simpatía conmigo. „Sabes, Alex, no son nuestros padres los ejemplos de como Dios es, sino Dios nos da ejemplo a nosotros, los padres, como deberíamos ser. De verdad, Dios cuida de cada persona. Tú no le dejas indiferente. Él te ama. Y Dios no sólo dice que te ama, Alex, sino El también lo ha mostrado. El dio lo mejor del cielo, lo mejor que El tiene, a Su Hijo. Jesucristo ha vivido en esta tierra y puso Su vida en rescate por nosotros. El murió para que Dios nos pueda perdonar toda nuestra culpa. Así es Dios. El quiere ser un padre de verdad para ti.“ Esto no la había oído nunca. En la iglesia es verdad que me asombraba Jesús sobre la cruz. Pero que El hizo esto por amor a los hombres, es decir, también por mí - ¡esto era ciertamente increíble!

En los próximos días me quedé reflexionando en esto. ¡Cuánto desearía empezar todo de nuevo! Pero sólo había un problema: Yo había cometido tantos crímenes, había hecho tanto mal. Mejor hubiera sido, si me hubiesen contado esto antes, cuando aún no había tanta basura en mi vida. Cuando hablé otra vez con Fernando sobre el amor de Dios, se me ocurría una idea. „Le contaré todo sobre mi vida. Pero no diré que es la historia de mi vida, sino que es la de un amigo. Entonces veré la reacción de Fernando.“

Estando los dos en el trabajo, le conté a Fernando todo sobre ese „amigo“ y cuantas cosas malas había hecho durante su vida. Había asaltado a gente, robado en tiendas y desde hace muchos años dependía de la droga. Cuando le había contado todo, pregunté a Fernando: „¿Puede Dios de verdad perdonar esto a un tal hombre?“ Fernando me aseguró de que no hay pecado que sea tan grande que Dios no lo pueda perdonar. ¡Este pensamiento ya no me dejaba tranquilo!

Cuando le conté a mi mujer Nancy todo esto, ella no paraba de estar asombrada. Junto con Fernando, mi nuevo amigo, empezamos Nancy y yo a leer la Biblia. Al enseñarnos Fernando la película de la vida de Jesús me di cuenta de que tenía que llevar a Dios la culpa de

toda mi vida. La película aún estaba proyectándose, oré dentro de mi corazón a Dios. Le confesé toda mi culpa, toda la maldad, y le di gracias porque sabía que en Jesús Él me había perdonado. Cuando Nancy y yo después de esto nos fuimos, había un gran silencio en el auto. Al cabo de un rato decía yo: „Yo lo he hecho esta noche. He entregado mi vida a Dios. Él me ha perdonado todo.“ Mi mujer sólo decía en tono de felicidad: „Yo también lo he hecho.“ Lleno de alegría apreté su mano.

Lo primero que hice después, fue distanciarme de mi vieja banda. Yo sabía que esto podía conllevar peligro para mí, pero mientras tanto también sabía que Dios era más fuerte que todo hombre. Sólo podía maravillarme y darle gracias a Dios por el hecho de que mis viejos amigos y mi familia me dejaban en paz.

También sabía que tenía que acabar con la droga. A pesar de haber estado adicto durante catorce años, con la ayuda de Dios pude terminar con esto de un día para otro sin mayores problemas de salud. Al principio sentía vergüenza al contar en el trabajo que ya no estaba tomando droga, que creo en Dios y que leo la Biblia. Pero me di cuenta de que tenía que decirlo porque esto me ayuda a no volver a las viejas andanzas. Todavía hoy reacciona mi cuerpo, cuando me da olor a droga. Cuando algunas veces, al tener problemas mayores estoy tentado a tomar droga de nuevo, me doy cuenta de que en mí mismo no tengo ninguna fuerza de decir que no. Entonces clamo a Dios y le pido que me dé Su fuerza. Esto es lo único que me puede guardar en tales momentos.

Algunos de mis viejos amigos de la banda mientras tanto se encuentran en la cárcel, algunos hasta ya están muertos, unos pocos han salido de allí - como yo - y tienen familia. Repetidas veces intento hablarles de Dios o a buscarles trabajo.

Otra cosa puse en orden con la ayuda de Dios: Nancy y yo nos casamos. Para nosotros dos es de suma importancia de poner

nuestro matrimonio bajo la bendición de Dios. Cuando nosotros nos conocimos, la droga era nuestro acompañante. Ahora queremos que sea el Señor quien nos guíe. Y El debe ser también el centro de nuestro matrimonio y de nuestra familia.

Siempre vuelvo a contar a mis hermanos y también a mi madre acerca del amor de Dios y Su perdón. Me alegro de que me escuchen más y más. Mi madre ve cómo su hijo ha cambiado por la fe, y anhelo el día en que ella confiará en Dios para entregarle su vida.

Al cabo de un tiempo Dios me ha puesto en claro que había otra cosa que tenía que poner en regla. Era el odio que en lo profundo de mi corazón sentía hacia mi padre. Poco a poco logré hablar sobre esto con Dios quien me ayudó y me liberó con el fin de que he podido perdonar a mi padre.

Hoy día, junto con mi familia – después de unos años hemos recibido a otro hijo – estamos yendo a la iglesia de Pereira, donde también puedo colaborar. Me gozo mucho en predicar y comunicar a la gente el amor de Dios. También he tenido la posibilidad de poder viajar a Cuba con el fin de ayudar a los creyentes de allí a entender la Biblia mejor.

Pero lo más grande es y será siempre el amor de Dios, el amor del Padre en los cielos. Que el Señor me haya encontrado a pesar de nunca haberle buscado, no lo puedo comprender hasta hoy. Pero esto me demuestra con cual gran amor Dios ama a cada ser humano.

El también te ama a ti y te puede perdonar la culpa de tu vida – da igual cuán grande o pesada ésta sea. Esto lo demuestra mi historia – la historia de Alex de Colombia.